

¡Oh tia mia! exclamó Olimpia deshecha en lágrimas, no he sentido al perderte, sino el dolor que inspira el afecto mas tierno y una justa gratitud, pero no comprendia ni conocia como ahora lo sumo de mi desgracia! ¡Insensata! no sabia lo precisa que me era una guia... ¡Oh cielos! ¿Cómo es posible con intenciones tan puras perder la reputacion y el honor? ¿Es, pues, imposible que el amor á la virtud supla por la experiencia?... — ¡Tranquílicese Vd. en nombre de Dios! Considere que nuestros males se acabaron, puesto que nos hemos desengañado. El vínculo que nos une es el mas sagrado, el mas santo... — Pero su padre de Vd. quiere deshacerlo, ha interceptado mis cartas y las de Vd. aun ántes que hablasen mal de mí... — Ha querido, no lo dude Vd., acrisolar nuestro amor; despues se ha creido de algunos relatos falsos, y este error justificado por las falsas apariencias, es la mejor excusa de su conducta. Pero cuando sepa todo lo que Vd. me ha dicho, con solo el lance del canario, le verá Vd. sin duda alguna venir á pedirle que se efectúe esta union que el agradecimiento, el honor y el amor me hacen tan preciosa.\*

Fácilmente se cree lo que se desea, mayormente á la edad de diez y siete años. No dudó Olimpia que el Baron conociendo su error no se abrasase en vivos deseos de reparar su injusticia. Tranquila ya sobre lo venidero, no pensó sino en lo presente. No queria estar mas en casa de su tutor; ¿pero qué asilo buscaria en tanto que Teófilo volvía á verse con su padre? No conocia mas que á dos ó tres antiguos amigos de su tia, á quienes no habia visto desde su muerte, y que preocupados contra ella rehusarian recibirla: en Uzerche no habia convento; determinóse finalmente á ir al dia siguiente á Brives<sup>4</sup>, y entrarse en uno esperando en él las noticias de Teófilo, el cual tambien volveria el mismo dia á Paris. Teófilo obtuvo de Olimpia que le recibiria aun el dia siguiente, y que no se separarian hasta haber concertado de comun acuerdo las medidas que habian de tomar.

Teófilo de vuelta á su posada tuvo una mala noticia: su lacayo le dijo que habia visto andar al rededor de la casa cuatro ó cinco hombres al parecer disfrazados, y que habian hecho muchas pre-

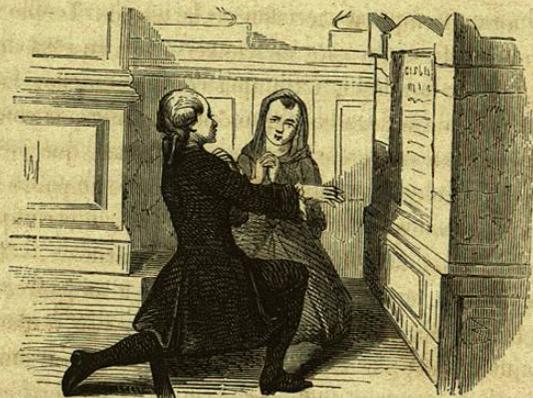
<sup>4</sup> Ciudad llamada *la Gallarda* por la bella situacion de que goza: dista ciento y diez y ocho leguas de Paris.

guntas á la huéspedea. Apénas acababa de decir esto el criado, cuando Teófilo oyó ruido en la escalera. ¡Sin duda, exclamó, vienen á prenderme! Diciendo esto echa mano á dos pistolas que tenia prevenidas, y se adelanta hácia la puerta. En aquel instante ve entrar al apoderado que tenia su padre en Paris. Dumont, le dijo, ¿viene Vd. á buscarme de parte de mi padre? — Sí, señor, respondió Dumont algo turbado al ver las pistolas. — ¿Y tiene Vd. intencion de llevarme por fuerza?... — Yo, señor... espero que la obediencia que Vd. debe á su padre... pero no debo ocultarle á Vd. que traigo una orden del rey... — Con una orden de mi padre bastaba, y puesto que quiere que vuelva con Vd., volveré; pero declaro que no marcharé sin haber vuelto á ver á la persona por quien he venido... — Pero, señor... — No hay que poner dificultades, que no escucho... — La orden que traigo manda que marche Vd. al punto... — Una obligacion sagrada me detiene aquí algunas horas... Es preciso que yo vuelva á la quinta. Ahora son las once, las puertas estarán cerradas y todos se habrán acostado; no quiero despertar á nadie, ni alborotar la casa; por consiguiente pasaré la noche aquí en la misma situacion en que estoy. Al amanecer iré á la quinta, estaré en ella una hora á lo ménos, y despues le seguiré á Vd... — El señor Baron llevará muy á mal... — Espero que me oirá, y se dignará de admitir mi disculpa: yo salgo á todo. Puede Vd. si quiere esperarme en este cuarto: no tengo intencion de huir de Vd. y aun le doy mi palabra de honor de no intentarlo.

Viendo Dumont que Teófilo estaba enteramente resuelto á no marchar sino al dia siguiente, y á no dejar sus pistolas, convino en esperarle y se retiró á un cuarto inmediato. El resto de la noche lo pasó Teófilo paseándose en el suyo, y pensando en la conversacion que habia de tener con Olimpia. Luego que amaneció llamó á Dumont, y le propuso si queria seguirle hasta las puertas de la quinta; Dumont le hizo algunas reconvencciones, pero hubo de ceder al ver la entereza de Teófilo. Acompañado de dos hombres le siguió á lo léjos, haciéndole prometer que no se estaria mas que una hora con Olimpia. Al llegar á la quinta supo Teófilo que Olimpia acababa de salir: la quinta estaba distante un cuarto de legua de la iglesia en donde descansaban las cenizas de Eufrasia; el dia ántes habia convenido Olimpia con Teófilo que á las diez se verian, y que inmediatamente marcharia á Brives; en consecuencia habia querido ántes

de apartarse de Uzerche regar con su postrer llanto el sepulcro de su tía.

Teófilo sale inmediatamente de la quinta, y á pesar de la repugnancia de Dumont va á buscar á Olimpia. Al entrar en la iglesia se detuvo á la puerta para contemplarla sola en medio del coro, y arrodillada sobre la sepultura de Eufrasia. Su postura, la santidad del lugar y la vista de aquella misma iglesia, en la cual, á no haber muerto Eufrasia, hubiera Teófilo recibido la mano de Olimpia, causaron una conmocion inexplicable en su pecho. Teófilo se adelantó hácia Olimpia : al ruido de sus pisadas levantó esta la cabeza, y le muestra su rostro bañado en llanto. Acérese Teófilo, y se arroja de rodillas á su lado. Admirada Olimpia de verle, y sobre todo movida de la alteracion que notaba en su semblante, le mira con sobresalto y terror. Teófilo tomando una de sus manos, y estrechándola fuertemente entre las suyas, exclamó : ¡Oh respetable Eufrasia! ¡Ah, si vivieras, aquí mismo hubiera yo recibido esta mano querida que me habias prometido! ¡En este sitio un juramento sagrado hubiera unido para siempre á Olimpia y á Teófilo!... Pero á lo ménos se hará la misma promesa en este sitio... Sí, Olimpia, yo juro ser tuyo mientras viva, pongo por testigo al Ser Supremo que



nos oye y que lee en mi corazon... — No mas, exclama la trémula Olimpia, no mas, Teófilo, tema Vd. ¡infeliz de mí! tema Vd. hacer un juramento temerario... — Porque es inviolable le hago con gusto... — ¡Y si su padre de Vd. le reprueba? — No tiene dere-

cho para hacerlo. ¿Podrá acaso querer romper un lazo que él mismo ha formado?... Si es cierto, Olimpia, que Vd. me ama, dígnese darme una prueba de ello; prométame Vd. unir su suerte á la mia en esta misma iglesia, en la cual habian determinado nuestros parientes unirnos. Delante de este altar en donde debí recibir su preciosa mano, y en fin sobre el sepulcro de la que le sirvió de madre, y que la mandó me aceptase por su esposo... — ¡Ah! ¿qué pretende Vd.? le dijo Olimpia. ¿Por ventura podemos disponer de nosotros mismos?... Diciendo estas palabras quiso Olimpia retirar su mano trémula, que Teófilo tenia entre las suyas... ¿Olimpia, exclamó Teófilo, quiere Vd. abandonarme, ó pretende olvidarme?... Tema Vd., pues, mi despecho y desesperacion... El tono con que profirió estas palabras hizo estremecer á Olimpia; perdió el color, y mirando á Teófilo con temor y encogimiento : Pues bien, dijo en voz baja, yo me obligo con los mismos juramentos que Vd. acaba de hacer... Á estas palabras juntando Teófilo las manos dió gracias con los términos mas afectuosos al cielo y á la triste Olimpia, la cual siempre pálida, inquieta y turbada con funestos presentimientos, y con los ojos clavados sobre el sepulcro participaba de los afectos de Teófilo sin poder gozar de la alegría que él experimentaba.

Entrando á este tiempo el sacristan en la iglesia, Teófilo suplicó á Olimpia le concediese un rato de conversacion en casa del cura, que vivia al lado de la iglesia, y Olimpia convino en ello. Entónces Teófilo le dió parte de la llegada de Dumont; esta nueva la consternó. ¡Ah Teófilo, exclamó vertiendo un mar de lágrimas, qué juramento me ha hecho Vd. hacer, y en qué ocasion! cuando su padre irritado le llama para mandarle que me olvide... — Olvidar, interrumpió Teófilo, no, ya es Vd. mia, la muerte solo puede separarnos... — Deseche Vd., amada Olimpia, esos temores que ultrajan á mi padre; cuando sepa lo que ha pasado, cuando el amor, el honor y la verdad la habrán á Vd. justificado por mi boca, sé que aprobará mi amor : me quiere, no es bárbaro, no es inhumano, ni vil... — Pero es ambicioso. — ¿Y podrá mas en su pecho la ambicion que la justicia y la naturaleza?... Estoy cierto de obtener su consentimiento; lo único que temo es alguna dilacion, pero Vd. puede disipar todas mis inquietudes. — ¿Y cómo? — Atreviéndose á seguirme á Paris... — ¡Qué dice Vd.!... — Esta proposicion no puede ofender ni á la

decencia, ni á su pundonor de Vd., no yendo juntos... — ¿Y cuál sería mi asilo en Paris? — Yo puedo disponer de la casa de uno de mis amigos... — ¡Cómo! ¡vivir en casa de un hombre, y hombre sin duda de su edad de Vd.!... Eso no, jamas... Teófilo, para acabarla de determinar, se permitió faltar en algo á la verdad : pintó á Derval como una persona de mucho juicio y de edad madura, y aseguró que era igualmente respetable por su experiencia y por su genio. Además, añadió, que Vd. no le verá, no estará en su casa, y al cabo de veinte y cuatro horas habré yo encontrado un cuarto en un convento. En fin, yo no puedo resolverme á dejarla á Vd. aquí; demasiado me ha costado el estar separados. Nada tendrá mi padre que oponer á lo que yo le diga, pero no nos volvamos á exponer á ser víctimas de algun nuevo artificio. ¡Oh amada Olimpia, siga Vd. á su esposo, siga Vd. al hombre feliz con quien el mas santo de los juramentos la une, para que pueda presentarse en el mismo instante en que yo alcance el consentimiento de mi padre, y que sea imposible engañarnos ó hallar pretextos para diferir nuestra union! — ¡Ah! dijo Olimpia, ¿qué se han hecho todas mis resoluciones? Esta noche pensando en Vd. me afligia de que mi indiscreto pajarito le hubiese hecho conocer los sentimientos que yo debía ocultar; me arrepentia de haberle escuchado tanto tiempo; me determinaba á no verle á Vd. hoy, y á marcharme ántes de la hora en que habíamos convenido. ¡Pero ay de mí, en la iglesia misma donde Vd. me ha encontrado, al pié del altar en donde poco ántes prometí á Dios sacrificar, si era preciso, una inclinacion desgraciada, mi boca ha proferido el imprudente juramento que Vd. me ha dictado!... ¿y ahora quiere Vd. que le siga, y que vaya á exponerme á los desprecios y repulsas de su padre, que me desconoce?... — No quiere Vd. acordarse que está mal informado, y que yo le desengañaré... hágale Vd. mas justicia : Vd. le verá pedirle perdon, no lo dude... en fin ya no es Vd. dueña de sí misma; estamos unidos con un vínculo que no puede romperle ningun poder humano. ¡No nos separemos mas!... Los instantes son preciosos... me están esperando, y es preciso que nos separemos... me voy desesperado si no quiere Vd. seguirme... — ¡Pues qué, exclamó dolorosamente Olimpia, no me deja Vd. ni aun el tiempo preciso para reflexionar sobre las consecuencias de una accion tan temeraria!... ¡Ah Teófilo, Vd. abusa de mi condescendencia!...

No pudo proseguir Olimpia; las lágrimas le embargaron la voz. Reiteró Teófilo sus instancias, y por fin obtuvo la promesa que solicitaba tan vivamente. Olimpia tomó las señas de la casa adonde debía ir á apearse en Paris con un nombre fingido. Prometió llorando marchar al dia siguiente : entónces Teófilo, colmados sus deseos, fué á juntarse con Dumont, y subiendo con él en una silla de posta que los esperaba, al punto tomaron el camino de Paris. Iba Teófilo muy contento, no imaginando posible que su padre desaprobase lo que habia hecho despues que lo hubiese oido; pero al paso que se acercaba á Paris, se disminuian sus esperanzas; se acordaba con temor de la ambicion y artificiosa conducta de su padre. Las dudas, los temores é inquietudes iban ocupando insensiblemente el lugar de la confianza, y llegó á Paris en un estado de abatimiento, que distaba poco de la desesperacion. Eran las nueve de la noche cuando llegó á su casa.

El recibimiento que le hicieron los criados le dió á entender bastante la indignacion de su padre; no vió sino rostros tristes ó severos. Unos le examinaban con maligna curiosidad; otros al mirarle se encogian de hombros, otros en fin se detenian para dejarle pasar bajando la vista con aire triste y consternado. Ninguno le habló. Luego que subió la escalera encontró á un antiguo ayuda de cámara del Baron, que le entregó una esquela con mucho misterio. Quiso Teófilo entrar en el cuarto de su padre : No señor, le dijo el ayuda de cámara con aspereza, hoy no puede Vd. verle... — ¿Pues qué, mi padre se niega á oirme?... — Esa esquela... — ¡Ah, perdido soy! exclamó Teófilo. Diciendo estas palabras se encaminó á su cuarto, y en él abrió temblando la esquela del Baron, que contenia estas palabras :

« Un ingrato, un rebelde no es ya mi hijo : no volveré á verte, ni tendrás libertad hasta que me hayas prometido formalmente por escrito una obediencia sin límites. »

Despues de haber leído Teófilo esta formidable sentencia, se quedó algun tiempo inmóvil como si le hubiese herido un rayo; despues valiéndose de todo su ánimo, dijo : Pues bien, estaré preso; pero una dolorosa reflexion aniquiló en breve su valor. Dentro de dos dias debía llegar Olimpia : ¿qué pensaria no viendo á Teófilo? No obstante, como habia imaginado que quizas no podria ir al instante á prevenir á Derval (así se llamaba el amigo á cuya casa debía

ir á parar Olimpia), el lacayo de este que habia ido con Teófilo estaba encargado de entregarle una carta que contenia las circunstancias del favor que le pedia. En ella hacia saber Teófilo á Derval, sin nombrar á Olimpia, que una señorita con el nombre supuesto de madama de Forlis llegaria dentro de dos dias á su casa, y suplicábale que la hospedase por el tiempo de veinte y cuatro horas solamente. El criado portador de esta carta se habia separado de Teófilo despues de haber entrado en Paris, prometiendo irle á entregar al punto mismo. Cierta de que Olimpia lo hallaria todo pronto en caso que llegase al dia siguiente, se determinó Teófilo á pasar dos dias sin responder á su padre, esperando que esta apariencia de entereza podria obligar al Baron á deponer parte de su severidad, y perdonarle sin imponer condiciones.

Encerrado en su cuarto pasó Teófilo estos dos crueles dias, lisonjeándose á cada instante de que su padre iria á verle, ó le enviaria á llamar : cada vez que un criado entraba para servirle, ó cada vez que abrian la puerta se levantaba temblando ; creia oír la voz de su padre, ó que le traian orden suya para irle á hablar. Á la mitad del segundo dia su agitacion y desasosiego llegaron al extremo ; la idea de que Olimpia llegaria verosimilmente aquella misma tarde le despedazaba. Esta era su situacion cuando un nuevo incidente destruyó todas sus irresoluciones. Ofendido el criado que le servia de que hubiese hecho confianza de un criado ajeno, descubrió con grande gozo que el Baron habia hecho prender al que le habia acompañado, y para mortificarle se lo dijo al instante. ¿Y cuándo? preguntó temblando Teófilo... — El dia mismo que Vd. llegó ; la orden estaba dada de antemano. Apenas el pobre muchacho se separó de Vd., cuando le echaron el guante y le han puesto á la sombra.

Esta nueva acabó de abatir á Teófilo. Si Olimpia habia llegado, no estando avisado Derval, era fijo que no la habria admitido : ¿qué pensaria, pues, ó qué partido habia de tomar? Además, si habian registrado al criado preso, el Baron habria visto la carta que Teófilo escribia á Derval ; todas estas reflexiones eran á cual mas dolorosas. Queriendo finalmente Teófilo saber su suerte, se resolvió al único medio que podia volverle la libertad y asegurarle los medios de ofrecer un asilo á Olimpia, ó quizas libertarla de una situacion cruel en caso que ya hubiese llegado. Escribió á su padre ; su mano

trémula formó estremeciéndose estas pocas palabras : « Padre mio : yo prometo á Vd. una obediencia ilimitada ; pero á lo ménos dignese Vd. escucharme. » Un instante despues de haber enviado este billete oyó Teófilo llamar á su puerta, y era el ayuda de cámara de su padre que venia á llamarle de su parte.

Pálido, temblando y fuera de sí, aunque muy determinado á fingir, bajó Teófilo al punto mismo al cuarto del Baron, que salió á recibirle, le abrazó, le apretó la mano afectuosamente y le hizo sentar á su lado. Hubo un instante de silencio causado por el mutuo empacho ; no obstante, procurando el Baron manifestar un aire desembarazado y contento, dijo : Olvidemos, hijo mio, todo lo pasado : tú me prometes una obediencia sin límites ; cuento con ella, y te vuelvo toda mi confianza y amor. Bien sé que la persona que has visto en el Lemosin no habrá excusado medio alguno para seducirte y ponerme mal contigo : te habrá dicho sin duda que he extraviado sus cartas y las tuyas ; este es el único artificio de que me he valido ; tu interes y el amor que te tengo son mi excusa. Fuera de esto, no he exagerado nada en cuanto te he dicho de una persona, cuya mala conducta la ha hecho indigna de ti. Creo muy bien que habrá sabido persuadirte que está inocente, pero no habrá podido ocultarte que ha perdido su reputacion. La última casa en que ha vivido, su actual amistad con la mas vil de las mujeres acaban de desacreditarla : por tanto, ya sea su conducta efecto de la imprudencia ó del vicio, está deshonrada, y esto basta ; esa union seria un oprobio para ti ; fuera de que yo no me habia obligado con su tia sino bajo la expresa condicion de que la dejaria por heredera : Eufrasia ha muerto sin dejarle nada, circunstancia que en rigor anula la palabra que yo habia dado.

Á estas razones dictadas por la ambicion, la codicia y mala fe hubiera podido responder Teófilo : que el Baron exageraba los yerros de Olimpia ; que su reputacion estaba herida, pero no perdida para siempre ; que sus pocos años y la funesta independencian en que se hallaba, hacian inclinar hácia la indulgencia á todas las personas sensatas ; que era sobre todo injusto el condenarla sin oírle ; que era cosa muy extraña haberla desechado, y suprimido sus cartas aun ántes de que se la pudiese creer culpada : que en cuanto á la falta de bienes, el mismo Baron conocia lo imposible que era alegar esta causa para romper un enlace formado tan públicamente

y de un modo tan solemne, y para apagar un amor tan arraigado, puesto que en el tiempo de la muerte de Eufrosia no habia hecho mencion alguna de este pretexto de faltar á su palabra, pretexto que las leyes darian tal vez por suficiente, pero que la virtud y el honor, siempre mas severos y delicados que la ley, despreciarian por indigno. Finalmente, que aun suponiendo que Olimpia hubiese heredado de su tia, como no podia haber entónces propórcion alguna entre esta corta herencia y la actual fortuna del Baron, este suceso no daba ni quitaba fuerzas á las miras de interes. Todas estas reflexiones hizo Teófilo; pero viendo que el Baron estaba enteramente resuelto á no ceder, y por otra parte impaciente de estar libre para poder salir é ir volando á casa de Derval, no le respondió cosa alguna, y solo pensó en conocer si el Baron sabia algo de la carta que habia escrito á Derval, y que habia entregado al criado que habia hecho prender; pero en breve perdió el temor tocante á esto.

Encubriendo sus mortales inquietudes, y el pesar mas amargo bajo un aire humilde y sumiso, aseguró Teófilo de nuevo á su padre de su entera obediencia. Entónces le volvió á abrazar el Baron, y un cruel remordimiento hizo conocer á Teófilo cuán horrible es engañar á un padre, aun cuando la injusticia, el artificio y la violencia parece que obligan á ello. Ya sabes, hijo mio, prosiguió el Baron, el empeño en que estoy con la familia de la Condesita de Lisbé; es preciso concluir este asunto sin demora alguna. Estas palabras hicieron estremecer á Teófilo, pero el Baron, manifestando no hacer alto en su turbacion prosiguió: Madama de Lisbé está en Versálles, no volverá hasta pasado mañana; aquella misma noche te presentarás á su hija en calidad de esposo, y al dia siguiente quedaréis desposados. — Padre mio, replicó el infeliz Teófilo, vuelvo á repetir que estoy pronto á obedecer. Esta nueva protesta valió á Teófilo mil elogios que acabaron de llenarle de amargura. Viendo en fin claramente por esta conversacion que el Baron nada sabia de la carta que habia escrito á Derval, tocó el asunto que en aquel instante mas le importaba. ¿Podré salir esta noche? dijo; tengo gran necesidad de distraccion; ¿podré ir á ver á mis amigos? — Como quieras; no te ocultaré sin embargo que haré zelarte los pasos hasta que estés casado, pero eres dueño de salir cuando gustes; solo exijo que sea en coche, y que llesves dos lacayos.

Aprovechóse Teófilo prontamente de un permiso que esperaba con tanta impaciencia. Pero mientras ponen el coche veamos lo que ocurre en casa de su amigo Derval. Aquel dia habia estado de caza; y habiéndose vuelto á las tres de la tarde tenia convidados á comer á siete ú ocho amigos suyos tan calaveras como él. Esta tertulia tan alegre como de poco juicio debia pasar todo el dia en casa de Derval. Á los postres, cuando ya el vino de Champaña empezaba á calentarles los cascós, entró un criado á decir á Derval que una señora en coche queria entrar en casa. ¿Y cómo se llama? preguntó Derval. — Se llama madama de Forlis. ¡Oh cielos, interrumpió Pulqueria, ese era el nombre supuesto de Olimpia! Justamente, replicó la Marquesa de Clemira; era Olimpia misma, que juzgando que Derval estaria ya avisado, esperaba ser recibida en la casa y permanecer en ella veinte y cuatro horas, en tanto que el grave y respetable Derval (porque así le habia llamado Teófilo) estaria ausente. ¡Madama de Forlis! dijo Derval riéndose, parece nombre de comedia; ¿y qué traza tiene esa señora? — Es muy jóven y muy hermosa... — Que venga, que venga, gritaron á un tiempo todos. — Voy á buscarla, dijo el lacayo; y en efecto se fué.

Olimpia con su silla de posta y con su criada esperaba á la puerta: ve que esta se abre, entra la silla en el patio de la casa, un lacayo sale á recibirla, y la hace subir por una escalera secreta. Olimpia trémula, turbada y cansada del viaje subia apoyada en el brazo de su criada, que la llevaba casi arrastrando. En fin, despues de haber pasado un largo corredor, abre el lacayo una puerta, y se retira: Olimpia y su criada entran por esta puerta fatal, que al punto volvió á cerrarse. Figuraos, si es posible, la turbacion y sobrecogimiento de Olimpia al verse de improviso en medio de una tropa de jóvenes medio embriagados, y de los cuales el mas viejo no tenia veinte y cinco años. Prorumpen en un grito penetrante, quiere huir, pero la detienen y la cercan.

¡Oh cielos, exclama, en dónde estoy! Señores, mi postillon se ha equivocado; yo creia entrar en la casa de un hombre respetable, de Mr. Derval... Este epíteto de *hombre respectable* hizo prorumpir á todos en grandes carcajadas.

Entónces Derval se acercó á ella: no la han engañado á Vd., señora, dijo afectando mucha seriedad, porque yo soy ese Derval. Al oírle Olimpia se quedó petrificada y casi pronta á desmayarse; se

apoyó contra el respaldo de una silla. Pero en efecto, es como una plata, continuó Derval. — *She is a romantic girl indeed*<sup>1</sup>, dijo otro que no se habia levantado de la mesa. — Lo cierto es, añadió otro, que su esquivez y monadas falsas ó verdaderas le sientan muy bien... — ¡Oh Catalina, dijo Olimpia medio abogada, Catalina, sácame de aquí!... — Mucho siento, dijo el que estaba bebiendo, que la confidenta se llame Catalina, ese nombre no es *romantic*... — Venga Vd.,



señorita, dijo la criada, déme Vd. el brazo, y váyanse en hora mala estos tontos. Aquí empezaron de nuevo las risotadas y las burlas. No dejaron de advertir tambien que la *confident*a llamaba á madama de Forlis *señorita*. Confundida Olimpia y medio muerta hizo un movimiento para escaparse; Derval la detuvo. Vamos, le dijo, ya basta de fingir empachos y temores, háganos Vd. compañía con satisfaccion. Olimpia al oír semejantes razones, oprimida de vergüenza y sobrecogida del terror, sintió que sus piernas no podian sostenerla, y se dejó caer sobre una silla. Á este tiempo entra un criado, y dirigiéndose á Derval le dice riendo: Señor, abajo hay un lacayo de madama de Forlis, que trae una maleta, y nos pregunta en qué cuarto debe dormir su ama, porque su ánimo es quedarse aquí. Al oírle, todos se echaron á reír á un tiempo: Hallo en este modo de obrar, dijo Derval, un fondo de alegría y de marcialidad que me encanta, fuera de que este modo de hacer amistades abrevia los

<sup>1</sup> Es una heroína de Novela. Expresion muy usada en las novelas inglesas.

complimientos y ceremonias. Diciendo esto se sentó junto á Olimpia, y tomándole una mano se la besó. Entónces Olimpia recogió todas sus fuerzas; la indignacion y la cólera vencieron su debilidad y rubor: se levanta, y desasiéndose con ímpetu de entre los brazos de Derval, huye al otro extremo de la sala: halla una puerta, la abre, y sale por ella á una galería; Derval la sigue: Olimpia echa á correr con todas sus fuerzas, y con tal velocidad, que Derval no puede alcanzarla. Viendo Olimpia al extremo de la galería un gabinete entreabierto se mete en él, cierra la puerta, y despues de haber echado el cerrojo se deja caer sobre un canapé, y da libre curso á sus lágrimas. En vano llama Derval diciendo mil locuras; por fin la amenaza que va á echar la puerta abajo: Olimpia se estremece, abre una ventana, pero esta daba sobre el jardín de la casa; no importa, Olimpia despechada se determina á precipitarse en el jardín si Derval consigue abrir la puerta. Ya se disponia á arrojarle, cuando no oyendo mas la voz de Derval se detiene contentándose con sentarse sobre la ventana. De allí á poco, cierta de que Derval no estaba ya en la galería, se imaginó que habia ido á buscar á sus criados para echar la puerta abajo. ¡Oh desventurada Olimpia, exclamó vertiendo un diluvio de lágrimas, á qué punto te han traído tu imprudencia y credulidad! ¡Engañada indignamente, vendida, abandonada, reducida en fin á escoger entre la muerte ó la infamia... ya estoy determinada!... ¡infeliz! ¿qué pierdo perdiendo la vida?... ¡La muerte me libraré de la pasion funesta que causa mi tormento y mi oprobio!... ¿Pero qué digo?... ¿quién, yo?... ¿podré amar todavía al pérfido seductor que prometiéndome un asilo decente y seguro me ha hecho venir á esta abominable casa?... No puedo creer que haya tenido el bárbaro intento de exponerme á tantas afrentas, y de perderme: sin duda que algunas razones que ignoro le justifican sobre esto... Pero en fin, él me ha engañado: me habia pintado á ese indigno Derval como un hombre respetable...

Al pronunciar Olimpia estas últimas palabras se estremece y calla, oye pasos en la galería. ¡Oh cielos! exclama poniéndose de rodillas; ¡sin duda van á abrir la puerta! ¡Oh Dios mio, dignate de perdonar mis culpas! ¡Mi conducta ha sido imprudente, pero mi corazón es puro! Perdonadme, Señor, una resolucion que el honor me inspira. Al acabar Olimpia esta oracion oye pronunciar su nombre, y conoce con inexplicable gozo la voz de su criada que le gri-

taba que abriese la puerta, y que podia hacerlo sin temor; sin embargo aun dudaba Olimpia; entónces Catalina la aseguró que Derval y sus amigos habian salido de la casa. Corre Olimpia á la puerta y la abre: al instante se adelanta con impetu un hombre, se arroja á sus piés, y aterrada reconoce á Teófilo. Indignada al verle se retira; sus fuerzas exhaustas la abandonan enteramente y cae desmayada en los brazos de Catalina. Luego que volvió en sí, el primer objeto que advirtió fué á Teófilo llorando de rodillas delante de ella. Olimpia aparta de él la vista, y hablando á Catalina: Sosténme, le dice, salgamos de esta infame casa. Esta le respondió que Derval no estaba ya en ella, y que no volveria hasta que ella se fuese. Pues siendo así, replicó, ahora mismo puede volver. ¿Pues qué, dijo Teófilo en voz baja y tímida, será posible que no quiera Vd. oirme? Apurado el sufrimiento de Olimpia prorumpe en invectivas y dicitorios contra Teófilo, el cual consternado la escuchó sin interrumpirla, y luego que hubo cesado de hablar procuró excusarse diciendo, que si la habia engañado acerca de la edad y genio de Derval, habia sido porque el mismo Derval era el único con cuya reserva podia contar; que tenia grandes defectos, pero que era amigo fiel y seguro: despues la suplicó que oyese sin testigos la relacion de todo lo que le habia pasado despues de su vuelta á Paris.

Despues de haberlo resistido mucho tiempo convino Olimpia en que Catalina pasase al cuarto inmediato, y Teófilo, seguro de aplacar el enojo de Olimpia, ya que consentia en oirle, empezó la triste relacion de las persecuciones que habia padecido. No le ocultó cosa alguna, ni aun la palabra formal que habia dado de casarse con la Condesita de Lisbé. Pálida Olimpia al oir esta última circunstancia, no pudo ocultar el sumo dolor que le causó. Pongo al cielo por testigo, prosiguió Teófilo, que jamas hubieran sacado de mi boca este cruel consentimiento desmentido por mi corazon, si no hubiese arriesgado mas que la vida; pero era preciso, ó engañar por entónces á un padre que abusaba de sus derechos, ó perder mi libertad y la ocasion de acudir al amparo de Vd. ¡Ah, y qué léjos estaba yo de imaginar los indignos ultrajes á que se hallaba expuesta; pero con todo, aun sin saberlos, veia que Vd. llegaba á una ciudad no conocida, pidiendo asilo en una casa en que no querrian admitirla; y esta idea fué mas que suficiente para determinarme á fingir por

el pronto, puesto que la mas injusta violencia me obligaba á hacerlo.

No, no, interrumpió Olimpia anegada en el llanto que en vano procuraba reprimir; no, Vd. debe cumplir la promesa que ha hecho á su padre... — Cumpliré la que fué voluntaria. Mi padre en efecto ha recibido de mí una promesa sagrada; me mandó que amase á Vd.; yo se lo juré, y seré fiel á este juramento, el único que debe ser inviolable. — ¿Y cuál es su esperanza de Vd.?... — La de que Vd. cumplirá la solemne promesa que me ha hecho... — ¿Y cómo es posible, cuando Vd. depende de un padre inflexible, y cuando le ha prometido obedecer dentro de tres dias? — Esa dilacion es suficiente para libertarnos de una vez de tan insoportable tiranía... — ¿Cuál es su designio de Vd.? — Sacrificar á mi único dueño mis riquezas, mi estado y mi patria... — ¡Qué dice Vd.! ¡Oh Dios mio! — Digo que huyamos... — Y se atreve Vd. á proponerme... — Si el amor que Vd. me tiene es verdadero no puede negarse á esta proposicion; Vd. me debe su fe; es prenda que me pertenece... no puede dárme la sino en un clima extraño; pasemos, pues, á Inglaterra... — ¡Oh Dios mio! interrumpió Olimpia, en qué abismo quiere Vd. precipitarse conmigo! ¿Yo privaria á un padre de su hijo, consintiendo en formar una union ilegítima, contraria á las leyes, y huyendo con Vd. le sacrificaria la decencia, mi reputacion y el honor? ¡Ah, mas quiero morir!... — Pues bien, exclamó Teófilo enfurecido, reciba Vd. mi último á Dios... Olimpia, no puedo vivir sin Vd. y renunciando á mí, me precipita en un fin desastrado. Penetrada Olimpia de terror, detuvo al desesperado Teófilo que iba á salirse del cuarto. Oigame Vd., le dijo, cese ya de causarme un espanto que me hiela!... ; Tenga Vd. compasion del estado en que me ve!... ¿Quiere Vd. que el temor me arranque un funesto consentimiento que nos perderia para siempre? — Solo quiero que considere mi situacion; piense Vd. que dentro de tres dias, si me quedo aquí, me es preciso renunciar á lo que amo, casarme con quien aborrezco, ó verme privado de la libertad. Ya sabe Vd. que mi padre ha obtenido orden del rey... ¿Y qué sería entónces de mi Olimpia? Privada del único amigo que le queda en el mundo, expuesta á las bárbaras persecuciones del odio y de la venganza... ¡Ah! huyamos; evitemos tantos horrores!... Todo lo tengo prevenido; mi proyecto está hecho y es infalible. Abandonando nuestra